

RAFAEL PALACIOS BERMUDEZ**IN MEMORIAM**

ALFONSO ALVAREZ-BRAVO

Por encargo de los directivos de nuestra Academia, vengo a decir unas palabras, tan sinceras como sentidas, en memoria del ilustre académico y ejemplar amigo, doctor Rafael Palacios Bermúdez.

Nuestra institución reconoció sus virtudes académicas al admitirlo en su seno para ocupar un sillón en la sección de Nefrología, el 29 de abril de 1959. Cuatro años más tarde, la Academia accedió a su solicitud de pasar a la sección de Medicina Interna, donde su intervención y su influencia serían seguramente más útiles para la Corporación.

Su muerte fue como su vida: transparente, sufrida, lógica y sencilla. La capacidad de observación y la solidez del pensamiento clínico que caracterizaron la actuación médica de Rafael Palacios, le llevaron a hacer, desde los primeros síntomas, el diagnóstico de la grave enfermedad que en pocos meses truncara prematuramente su vida, y su entereza, realismo y sencillez, propios también de su carácter, le permitieron encarar la muerte con singular naturalidad.

Los años cuarenta fueron de particular importancia para la medicina mexicana, pues al mismo tiempo que la medicina

universal superaba venturosamente la etapa de conjunción científica, México intensificaba su esfuerzo para formar especialistas, aquí y en el extranjero, sobre una base integral, básica y clínica. Rafael Palacios fue uno de los jóvenes que se enrolaron en esta onda de superación y fue también, seguramente, uno de los primeros médicos mexicanos que se formaron bajo el concepto moderno de la medicina interna como especialidad.

Durante sus primeros ocho años de médico recorrió los caminos de la cirugía en la que, por cierto, no encontró satisfacción a sus aspiraciones. Decidió, pues, el cambio radical y obtuvo una beca para estudiar en los prestigiados centros médicos del noreste de los Estados Unidos de Norteamérica, a fin de formarse en la nueva especialidad, sin importarle sacrificios ni escatimar esfuerzos. Logró así una vasta preparación al lado de Albright en endocrinología, de Joslin y White en diabetes, de Means en enfermedades del tiroides, de Bauer en reumatología, de Loeb en medicina interna general, de Baker y Heinz en padecimientos vasculares periféricos y de Jones en gastroenterología.

Su increíblemente amplia y profunda cultura médica y su sólida formación clínica fueron de gran importancia para sus enfermos, pero muy especialmente para su hospital. Efectivamente, el Hospital Español le debe en gran parte la organización y desarrollo que le han llevado en la actualidad a ser un hospital empeñado en superarse, en hacer una medicina cada vez mejor.

Rafael Palacios fue un escéptico de la medicina empírica basada solamente en la observación y la experiencia. Le preocupaba realmente la medicina científica. Quizá por ello le interesaba la resolución de "problemas", a los que se entregaba con verdadera pasión, y le aburría, en cambio, la rutina de la consulta diaria. En realidad, lo que sucedía también, es que su espíritu inquieto, inquisidor e insatisfecho estaba hecho para la investigación científica, a la que no obstante sus grandes anhelos nunca pudo dedicarse, porque la época, el medio y el vendaval de la vida no le fueron favorables. Realizó, sin embargo, su sueño de investigador en su hijo Rafael, a quien insensiblemente transmitió su devoción por la investigación biomédica, su ilusión por vivir una vida sencilla y excelsa en este nivel superior de la actividad humana.

La enseñanza de la medicina fue otra de sus preocupaciones. Apenas un año después de graduado ingresó al profesorado de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México como prosector de anatomía descriptiva. Durante sus ocho años de cirujano fue instructor y profesor asociado de disciplinas quirúrgicas. De 1957 hasta su muerte, fue profesor titular de hematología, nutrición y endocrinología de la misma Facultad de Medicina. Gracias a su amplia cultura médica fue invitado a co-

laborar en cátedras y cursos para graduados de diversas ramas de la medicina.

Sin embargo, su interés más definido, casi podría decir, su pasión, fue la enseñanza de residentes e internos, a quienes dedicaba sus mejores esfuerzos. Enseñaba con el ejemplo no solamente la medicina sino la actitud del médico para con su enfermo. Sus alumnos y compañeros admiramos en más de una ocasión su sencillez y honestidad para confesar sus errores, inclusive ante sus propios enfermos y en contra de su prestigio, dando muestras de una lealtad edificante.

Escéptico, como he dicho, de la medicina empírica, estimuló siempre a los médicos de su servicio y, en particular, a los residentes e internos, a estudiar con constancia como él lo hacía, a revisar los temas olvidados, a leer las revistas que mantienen al médico al día. Como elemento fundamental para hacer posible este estudio, el doctor Palacios promovió y ayudó, con trabajo y donaciones personales, a la organización de la biblioteca y hemeroteca del Hospital Español. ¡En ese recinto perdurará siempre su memoria!

Sus intereses académicos tuvieron también otras proyecciones. Fue presidente de la Asociación Médica del Hospital Español, miembro de la American Diabetes Association, de la Sociedad Mexicana de Nutrición y Endocrinología, de la Academia Mexicana de Cirugía, de la Asociación Médica Franco-Mexicana y de la Academia de Ciencias de Nueva York.

Los trabajos científicos que publicó, enfocados a los aspectos médicos que más le interesaron, contribuyeron al mejor conocimiento de la diabetes, la insulinoterapia, la corticoterapia, las nefropatías y las colagenopatías.

Hombre de inteligencia superior, como mostró serlo desde sus años de estudian-

te, tuvo una actitud sencilla y realista ante la vida. Desgraciadamente, esa vida que tanto más pudo haber logrado, fue malograda no sólo por su muerte prematura, sino por su frágil salud que lo obligó a detenerse muchas veces en el camino.

Sus virtudes humanas, por otra parte, le permitieron ser un excelente esposo, magnífico padre y excepcional amigo.

Nació el 7 de julio de 1913 y murió el 12 de noviembre de 1970. Nuestro respeto a la memoria de este excelente médico de formación excepcional, quien sin medir ventajas ni desventajas, imprimió a todos los actos de su vida la sinceridad, la honradez, la franqueza y la lealtad que siempre constituyeron sus características naturales.